

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

GENTILI, BRUNO. — *Poesia e pubblico nella Grecia antica. Da Omero al V secolo.* Roma-Bari, Editori Laterza, 1984, 414 pp.

Forman este volumen, enriquecido por unos índices que lo hacen manejable y por una bibliografía muy al día y oportuna, una serie de estudios sobre poesía griega arcaica: no aquí reunidos como *scripta minora* (son muchos más los trabajos de Gentili sobre época arcaica que hubieran podido estar en él, si este libro fuera sólo un cobijo ocasional construido *ad hoc*) sino porque constituyen una «unità organica». Libro, pues, no sistemático, en el sentido que puede ejemplificar el manual de Fraenkel, pero sí unitario, en el sentido que esta reseña intentará establecer.

Lo forman doce estudios cuyos títulos copio: «Oralità e cultura arcaica», «Poesia e musica», «Modi e forme della comunicazione», «Poetica della mimesi», «Sociologia dei significati», «Le vie di Eros nella poesia dei tiasi femminili e dei simposi», «Biasimo e lode», «Poeta-committente-pubblico, ovvero la norma del polipo», «Attività intellettuale e condizione socio-economica», «Archiloco e i livelli della realtà», «Pragmatica dell'allegoria della nave» y «La veneranda Saffo». A los cuales se unen otros dos en apéndice: «L'arte della filologia» y «La traduzione dai lirici. Alcune osservazioni sul problema del tradurre». Límites de espacio me impiden entrar en el detalle de cada uno. Me centraré en explicar en qué sentido este libro es unitario y tal explicación ilustrará, entiendo, su importancia.

Su unidad es el resultado de un modo que el autor ha logrado constituir como propio, dúctil y obediente empero a unas líneas maestras, de leer, hoy, a los líricos arcaicos griegos. El modo es el de un estudioso de formación filológica rigurosa, erudito (como su edición de Anacreonte certifica desde 1958), que piensa los datos de que dispone con el designio de construir, con ellos y para ellos, un marco de sentido a partir, por un lado, de su propia experiencia (un principio de tradición humanística, la implicación del lector — hombre, filólogo — en lo leído, que Gentili defiende apasionadamente), y a partir, por otro lado, de la articulación de puntos de vista parciales pero diversamente determinantes, que proceden de otras ciencias sociales, básicamente la sociología, la lingüística y la teoría de la comunicación, la antropología, y que por lo demás no prescinde de la integración también de los datos de índole material proporcionados y a veces interpretados por la arqueología.

Los datos de que dispone son, desde luego, los textos. Y, desde luego también, la bibliografía moderna, que domina. Pero Gentili procura no perder nunca de vista datos como el modo de transmisión de estos textos, la tradición en que se inscriben, su dimensión sincrónica y la tradición que fundan. Y así, incluso cuando el problema pudiera parecer muy estrictamente técnico (qué lección haya de preferirse para el fr. 81 Gent. de Anacreonte, por ejemplo: cf. p. 302 ss.), Gentili sabe colocarlo en el marco más amplio («sul terreno più solido», dice), de la contextualidad: «constituita dal complesso delle testimonianze sull'intera opera poetica di Anacreonte, nonché dagli indizi reperibili nelle tarde imitazioni, le *Anacreontiche*», o sea, el mismo criterio que ha enriquecido de información y de interpretación su edición, con C. Prato, de los *Elegiaci* de la casa Teubner de Leipzig (I, 1979; II, 1985).

El resultado es un sentido, pues, unitario, que cuaja en un discurso que se quiere totalizador y que ambiciona una interpretación global de lo leído como poético,

como literatura. Con esta ambición asimila puntos de vista de teóricos y creadores contemporáneos (atención a la atención que presta a Bakhtin, un teórico cuya aportación, cuando la leen los helenistas, puede ser decisiva; los tan lúcidos «livelli della realtà» de Italo Calvino; etc.), que no excluyen (es parte de aquella contextualidad que decíamos) un replanteamiento, muy atento a los textos, de los enfoques (a menudo sometidos a revisión y a problemas interpretativos diversos) de los teóricos antiguos, empezando por Platón, cuya utilización para acercarnos a través de él a los arcaicos es constante.

Aunque el libro revela por doquier, según se ha dicho, una atención despierta a las últimas aportaciones de helenistas, en este campo la ambición de Gentili se orienta en línea con planteamientos globalizadores tipo Havelock, Snell o Dodds: en el fondo, la *Geistesgeschichte* como etapa final y superación del historicismo; en la superficie, don y arte, el «senso della storia» que «il critico-scientziato deve possedere» (p. vii). El control de la inteligencia actuando siempre sobre todo el proceso. Sólo su inteligencia ha bajado la guardia, quizá, ante dos cuestiones, la de la personalidad del poeta, en que entiendo que es demasiado transigente con el punto de vista historicista, y la del simposio, que me parece lugar importante y central de la *performance* arcaica, pero no el único y que me resisto a extender, en el estado actual de nuestra documentación, a la poesía yámbica y a toda la elegíaca. Pero estas dos cuestiones, sometidas por lo demás a debate, en nada afectan la construcción del conjunto, la orientación del resultado. Por las páginas de este libro, entre los pobres restos de los arcaicos, vemos a Gentili progresar con cuidado, lentamente y deteniéndose donde procede (*festina lente* fue otro sabio precepto de los humanistas); respecto a todo el material a su alcance, procede selectivamente: intensa y no extensamente, tal como escribe, o sea, con precisión, atando cabos, con muchas notas y oportunas todas; sus palabras construyen el edificio de la interpretación o muestran el camino del cazador cuya presa es el sentido: sentido en la poesía, en la historia.

C. MIRALLES

HUBBARD, THOMAS K.—*The Pindaric Mind. A Study of Logical Structure in Early Greek Poetry*. Leiden, E. J. Brill, 1985, 181 pp.

En 181 pp. Hubbard nos ofrece una obra densa, con buenos índices y abundante bibliografía. Característicamente, falta en ella cualquier alusión a la aportación española en ese tema. Sólo Láin Entralgo, con una cita, aparece perdido entre las seis páginas de apretada bibliografía.

Tras una importante introducción en la que establece y justifica las polaridades para el estudio, vienen tres capítulos dedicados al análisis de las tres tensiones o relaciones principales: las relaciones de medida, las relaciones de modo y las relaciones de transformación. La primera comprende los binomios Cerca/Lejos (con un pormenorizado análisis de *O.* III), Breve/Largo, Propio/Extraño (donde se exploran con detenimiento *N.* III y *N.* XI) y Temprano/Tarde. En el segundo capítulo las relaciones de modo se concentran en los binomios Blando/Áspero (con especial atención a *N.* IV), Recto/Torcido, Verdad/Mentira (con *N.* V en primer plano). Por último, las relaciones de transformación abarcan una heterogénea secuencia compuesta por *Physis/Techne* (con ejemplos sacados sobre todo de *I.* IV y *O.* IX) y Mérito/Recompensa (centrado en *P.* V). El capítulo 4 se sitúa en distinta coordenada: Sujeto/Objeto

to (*laudator/laudandus*), que se superpone a los conceptos anteriormente analizados. Aquí se explora el papel del Mito, de la Plegaria, de la *Gnome*, de la Primera Persona, de las principales Metáforas y de la Hospitalidad. Se acaba con tres breves páginas de conclusión.

El trabajo no es sino la tesis doctoral de Hubbard, quintaesenciada y proyectada hacia un horizonte más amplio: el de la poesía griega arcaica, al que por cierto no toca más que superficialmente. Las escasas citas de Homero, Hesiodo, Simónides, Solón y Teognis no parecen justificar del todo el subtítulo de la obra. En cambio, como estudio de filología (y filosofía) pindárica, está trabajado con rigor metodológico y coherencia.

La intención del autor es avanzar en el camino de la crítica pindárica. Sus experiencias con el método «bundiano» lo han hecho consciente de sus limitaciones. Una crítica centrada en lo sintagmático, en la secuencia y entrelazamiento de temas, y que había renunciado a aquellos enfoques unitarios vigentes en la crítica de la primera mitad de siglo, tenía en inmenso peligro de quedarse sin «contenidos». Había, pues, que encontrar un camino en que, sin descuidar el dinamismo de la construcción temática y la andadura formal de los poemas, emergieran con fuerza contenidos mentales, pensamientos rectores, pautas de cultura. Como por otra parte sabemos que estos contenidos estaban presentes en el pensamiento contemporáneo (aquí, la alusión forzosa a los «clásicos» trabajos de Fraenkel, Lloyd y otros), resultaba tentador probar un método que armonizara el dinamismo de la sintaxis temática con la fijeza y peso de los grandes conceptos. Ahí está la novedad y lo valioso de la aportación de Hubbard. Su instinto le lleva a ver en la tensión interna de las polaridades del pensamiento arcaico el resorte dialéctico que mueve hacia adelante toda una constelación de elementos temáticos y formales de forma que siempre se mantengan en relación estrecha y siempre sigan abiertos a ulteriores desarrollos (uno piensa sin querer en la *Obra abierta* de U. Eco). El resultado es una sugerente reestructuración del pensamiento arcaico en el marco de la poesía pindárica. Pero, sugerente y todo, también este método tiene sus limitaciones, que en su día provocarán «dialécticamente» nuevos correctivos. Entre ellas, la principal es la de una cierta irrelevancia inherente al método mismo. Si algo tenía el método «bundiano» era el de acercar la crítica a los elementos concretos, individuales, tal vez heterogéneos y dispersos, que constituyen el tejido poético. Era como «aterrizar» en el propio terreno de cultivo. En cambio, el método que aquí se nos propone logra sus objetivos elevándose a un más alto nivel de abstracción. Se instalan las polaridades en un universo de relaciones mentales, y luego éstas actúan como centro gravitatorio adonde apuntan multitud de lexemas emparentados, sinónimos, amplios contenidos conceptuales, e incluso otras polaridades que nada se parecen a la primera en estructura superficial y muy poco en estructura profunda. Al lector le asalta la sospecha de que la tesis del autor —a saber, que la poesía pindárica está conceptualmente tejida sobre un entramado de relaciones polares o antitéticas— pudiera no ser tan novedosa (H. tiene la precaución de anotar que polaridad no siempre significa oposición, y menos irreductibilidad). Pero esa información ya estaba prácticamente en todas las buenas monografías (Bowra, Young, Thummer, etc.), aunque, claro está, no tan estructurada. Volvemos pues a la consideración anterior sobre que el valor básico de esta obra está en el rigor conceptual, y su novedad, en las pautas metodológicas que ofrece. Tampoco está claro que la enumeración que hace de las polaridades responde a una jerarquía real, y menos exhaustiva. Cualquiera que esté familiarizado con la poesía griega arcaica podría incluir binomios enriquecedores (muerte/vida; guerra/

paz; amor/odio; dolor/bienestar; vigor/decadencia; humano/divino...). Naturalmente, si las relaciones se plantean como grandes categorías *a priori* del pensamiento (Medida = Espacio; Modo = Valor; Transformación = Tiempo-Movimiento), cualquier polaridad que se incluya será reductible a los grandes encabezamientos que propone el autor. Pero rozamos de nuevo el riesgo antes apuntado: a mayor abstracción, menor relevancia; a mayor extensión, menor intensidad. Hubbard acusa a la crítica pindárica de las últimas centurias «as one of simplification» (p. 1); pero también debería ser consciente (y creo que lo es, a juzgar por su empeño en introducir diversos niveles de crítica —connotación, metalenguaje, etc.— dentro de los acostumbrados —significante y significado; forma y concepto; retórica e ideología, etc.—) de que su método podría derivar hacia otras formas más sutiles de simplificación.

En otro orden de cosas, sorprende que casi toda la importancia que la música tiene para Píndaro quede encapsulada aquí en el binomio Blando/Áspero y sólo de pasada se mencione como parte de la Recompensa que sigue al Mérito o como puente entre el *Laudandus* y el *Laudator*. No será por falta de sensibilidad en el crítico, sino tal vez por no encontrar el casillero estructural adecuado (quizás Armonía/Confusión, entre las relaciones de Modo, podría devolver a la música su merecido protagonismo conceptual).

En suma, un libro más sobre Píndaro (dicho sea sin acento peyorativo). No es un *major work*, pero sí una pieza más entre las que puede fructuosamente manejar el filólogo para una mejor comprensión de la poesía pindárica, y un buen apunte metodológico para guía de los ya iniciados.

LUIS F. GUILLÉN

PATZER, A. *Bibliographia Socratica. Die wissenschaftliche Literatur über Sokrates von den Anfängen bis auf die neueste Zeit in systematisch-chronologischer Anordnung*. Friburgo-Munich, Karl Alber, 1985, 366 pp.

Nelle discussioni su Socrate e sulla questione socratica ci si perde fin troppo spesso in falsi problemi: per esempio ci si affanna a giustificare una opzione (quale che essa sia) fra la testimonianza di Platone e quella di Senofonte, di Aristofane e di Aristotele come se non si dovesse, in realtà, tener conto di tutte e quattro e di tante altre, pure assai significative; oppure si torna a sollevare un dubbio sulla stessa possibilità di sapere qualcosa sul conto di questo filosofo solo perché non abbiamo i suoi scritti (ma abbiamo forse gli scritti di Pericle o di Alcibiade?). In realtà le fonti sono, come dicevo, molte di più, ciascuna con i suoi problemi, ciascuna utilizzabile a determinate condizioni, ciascuna con una sua non indefinibile autorevolezza. Inoltre sui vari filoni e rivoli in cui la questione socratica non può non articolarsi se si vuole che la discussione non decada a «divertissement» pressoché arbitrario o ad appiglio per prediche sicuramente inutili, esiste ormai una copiosa letteratura specifica la cui idoneità a definire, se non altro, i termini delle singole questioni, non sussistono dubbi. Il volume di Patzer contribuisce nel migliore dei modi ad evidenziarlo già semplicemente col distribuire una porzione cospicua delle 2301 unità bibliografiche selezionate, quelle appunto che concernono le fonti primarie, dapprima in una ventina di rubriche (oltre alle quattro fonti canoniche, ai vari «Socratici minori» e al Laerzio, ce ne sono di specifiche per Plutarco, Apuleio, Libanio, *Epistole*, biografie da papiri...), poi in altre cinquanta riservate alle «Untersuchungen zu Einzelquel-

len». Il dato è meramente numerico, ma ha il cospicuo pregio di consentire un immediato colpo d'occhio sulla gamma delle fonti, sulle interrelazioni fra Socrate e i suoi contemporanei, sui greci e latini che maggiormente si sono interessati della sua figura. Questo è d'altronde il pregio migliore del volume, dato che i repertori bibliografici pubblicati in precedenza non avevano mai unito l'aspirazione alla completezza con l'analitica distribuzione della materia sotto un adeguato numero di rubriche, ed avevano di conseguenza lasciato un po' in ombra la complessa articolazione della problematica relativa a Socrate.

Le sezioni sulle dottrine professate (o ascritte) sono, al confronto, un po' meno perspicue, perché ad es. alcuni titoli sulla tecnica dialogica sono raccolti sotto un'apposita rubrica immediatamente prima di quelli sui vari autori di dialoghi socratici (pp. 216-220), ma altri figurano nella rubrica «Dialektik, Elenktik und Maieutik» (pp. 169-171), mentre i titoli sull'ironia sono collocati altrove, nella sezione più propriamente biografica (pp. 124-127). Manca una specifica rubrica sull'*akrasia* (ed è di ben modesta utilità la voce *Akrasia* dell'indice analitico) e di conseguenza i titoli più pertinenti vanno ricercati, oltre che fra le «Gesamtdarstellungen», nella rubrica «Paradoxe», in quella relativa ad Euripide e nella sezione «Ethik Allgemeines». Il Patzer non manca di introdurre un certo numero di rinvii incrociati da una sezione all'altra, ma il risultato non è ottimale come nel caso delle sezioni sulla biografia e, più ancora, sulle fonti. Le difficoltà dell'impresa erano d'altronde maggiori.

A parte questo, la catalogazione deve dirsi molto accurata e fondata sull'ispezione autotattica di gran parte dei titoli inclusi. Anche i refusi sono rari. Sotto il profilo della completezza (che peraltro è un ideale irraggiungibile) si deve registrare qualche omissione su cui tuttavia non posso qui indugiare per esigenze di spazio. Spiace inoltre il silenzio completo sulle recensioni.

Sempre in tema di omissioni vorrei accennare, conclusivamente, a tre gruppi di pubblicazioni che nel presente repertorio risultano un po' sacrificati: gli studi sulla logica del dialogo e del domandare/rispondere, le discussioni sulla legittimità della domanda definitoria, le analisi sulla condotta acratice. Su questi temi si è scritto molto, soprattutto di recente e soprattutto nell'area culturale anglosassone, anche se, nella maggior parte dei casi, con riferimenti al modo socratico di impostare la comunicazione (o di giudicare la condotta acratice) che sono, per la verità, piuttosto fugaci e generici (perché prevale l'interesse per il problema in sé, indipendentemente dalle elaborazioni ascrivibili a Socrate o ad altri intellettuali del passato). Ora, nella misura in cui ciò accade, è innegabilmente legittimo sorvolare su pubblicazioni del genere. Eppure una selezione più generosa era desiderabile, perché queste analisi concorrono alla elaborazione di un apparato concettuale e di modalità di analisi che vale la pena di mettere a frutto allorché si discute del nostro filosofo. Disinteressandosene, si corre un serio rischio di appiattare e banalizzare la discussione antichistica, sicché la fatica di Patzer sarebbe stata anche più meritoria se, oltre a guidare così bene verso le fonti nella loro molteplicità e varietà, e così pure verso l'articolata problematica della biografia, avesse trovato il modo di additare anche alcune prospettive di ricerca ancora scarsamente valorizzate dalla «Sokratesforschung», sia pure ammettendo che la pertinenza è, talvolta, solo potenziale.

LIVIO ROSSETTI

MARTÍN FERRERO, FRANCISCO. — *El libro II de la Política de Aristóteles: la autenticidad del capítulo 12*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1984, 161 pp.

La *Política* de Aristóteles no es una obra compuesta por el Estagirita de un tirón, sin intervalos, sino la recopilación de un conjunto de lecciones y exposiciones sobre la *πόλις* que fue elaborando lentamente el fundador del Peripato para hacer frente a su magisterio en la escuela. Y hay en el tratado, evidentemente, notables huellas de bruscos cambios de planes por parte del autor, que, atento en exceso a la utilización de notas previas, no advierte cómo de vez en cuando incurre en manifestaciones incoherencias. Al final del libro I, por ejemplo, Aristóteles promete pasar revista a las opiniones de los estudiosos que se han manifestado acerca de la mejor constitución de las *πόλεις*. Pero nada más comenzar el libro II, el Estagirita cambia un tanto de opinión: lo ideal será estudiar, en primer lugar, constituciones vigentes en algunas ciudades que pasan por ser comunidades excelentemente gobernadas, y, luego, abordar el comentario de las constituciones teóricas pergeñadas por notables pensadores y aureoladas por el prestigio de quienes las idearon. Pero, una vez más, Aristóteles procede sin hacer gran caso del orden por él mismo fijado: en efecto, invierte el anunciado turno de aparición de los temas, y comienza abordando los estados ideales y las utopías de Platón, Fáleas e Hipódamo, y posteriormente, estudia las afamadas constituciones de Esparta, Creta y Cartago.

Con esto llegamos al famoso capítulo XII cuya autenticidad ha sido ampliamente debatida. En él establece el Estagirita ciertos criterios de clasificación: quienes se han dedicado a exponer alguna idea sobre el gobierno de la *πόλις* son o bien teóricos o bien legisladores prácticos. De estos últimos, unos legislaron para su propia patria y otros para ciudades extranjeras. Finalmente, cabe distinguir entre meros legisladores y autores de constituciones. Licurgo y Solón —prosigue Aristóteles— fueron legisladores prácticos y, además, autores de legislaciones. Otros legisladores fueron Zaleuco en Locros Epicefirios, Carondas en Catana, Filolao en Tebas, Dracón, autor de una durísima legislación en Atenas, y Androdamante de Regio, que legisló para los calcidios de Tracia.

A partir de este momento, el de la enumeración de legisladores, comienzan las dificultades: en efecto, entre Carondas y Dracón se menciona a Fáleas y Platón. Ahora bien, estos dos personajes no fueron precisamente legisladores prácticos, no intervinieron en la vida política. Además, el despistado Aristóteles hace afirmaciones acerca de Platón (II 12, 1274 b 12,10) que están en franca contradicción con un pasaje anterior de la *Política* (II 7, 1266 a 2, 39). Y, por si esto fuera poco, en el célebre capítulo XII del libro II se niega que Dracón redactara una constitución, cuando en el capítulo IV de la *Constitución de Atenas* se expone detalladamente la constitución de Dracón, si bien lo que Aristóteles primeramente dice es esto: *Ath. 4, 1 Δράκων τοὺς θεσμοὺς ἔθηκεν*.

Lo cierto es que a partir de todos estos supuestos se ha llegado a negar la autenticidad de todo el capítulo XII del libro II de la *Política* de Aristóteles. Francisco Martín Ferrero nos introduce muy experta y documentadamente en el problema, haciendo una previa revisión crítica de la bibliografía que sobre este tema existe; y una vez contrastadas las opiniones de diferentes filólogos, él no duda en adelantar su personal opinión: el capítulo XII del libro II de la *Política* de Aristóteles es auténtico, excepción hecha de las líneas que se refieren a Fáleas de Calcedón y Platón de Atenas. Pero, seguidamente, consciente de que una cosa es exponer una opinión y otra cosa distinta demostrar una hipótesis de trabajo, el autor no ceja en su empeño

de conseguir este último objetivo cumplidamente. En efecto, Ferrero muestra cómo Aristóteles, con anterioridad a la redacción del capítulo XII de la *Política*, venía haciendo hincapié en la necesidad de estudiar el funcionamiento de las mejores constituciones reales así como de pasar revista a aquellas teóricas que pasaban por ser excelentes o dignas de ser llevadas a la práctica (II 1260 b 27; b 30; b 32). Por tanto, el famoso capítulo está bien engarzado con los capítulos precedentes del libro II, toda vez que en él comienza el Estagirita manifestando su intención de clasificar a los autores de constituciones teóricas o reales («a los que han manifestado alguna opinión respecto del gobierno y administración de una *πόλις*», II 12, 1273 b 27). Quienes han hecho alguna aportación en ese campo temático (*πολιτεία*) son tanto los autores de constituciones teóricas o vigentes como los legisladores. Es evidente que cuando Aristóteles hace la clasificación de autores de *πολιτεία* y legisladores, renuncia expresamente a ocuparse de los teóricos, ya antes suficientemente estudiados, para dedicarse, en cambio, con más ahínco a los legisladores prácticos, de los que posee abundante documentación que le permitirá introducir los criterios clasificatorios que enuncia.

A decir verdad, a los teóricos ya los ha examinado Aristóteles en los primeros capítulos del libro II: al Platón de la *República* y las *Leyes*, a Fáleas de Calcedón y a Hipódamo de Mileto (capítulos 2-8). En cuanto a los legisladores prácticos, unos lo fueron para sus ciudades natales, otros, en cambio, para *πόλεις* extranjeras, «después de haber sido ellos mismos admitidos en el número de los ciudadanos con capacidad de ejercer como tales» (*πολιτευθέντες*). Esta interpretación de *πολιτευθέντες* es, a nuestro juicio, otro de los muchos aciertos con que Ferrero nos obsequia a lo largo del libro que comentamos. Que es exacta lo prueban no sólo argumentos lingüísticos (los traductores de Aristóteles deberán tener claro el hecho de que la lengua que traducen no es ático del siglo v a. C.), sino además el contexto y el sentido común: un ejemplo de «legisladores *πολιτευθέντες*» citado por el Estagirita es el de Zaleuco de Locros Epicefirios, que fue primeramente esclavo, pastor, luego liberto, hombre libre en posesión del derecho de ciudadanía (*πολιτευθείς*) y finalmente legislador. El segundo criterio del que echa mano Aristóteles para clasificar a los legisladores prácticos es el de distinguir a quienes fueron autores de leyes ordinarias de los que además de eso bosquejaron una constitución; es decir, a los legisladores de leyes no constitucionales, de los legisladores constitucionales.

Así pues, para Aristóteles hay, en primer lugar, dos tipos de legisladores: los que legislaron para su propia patria y los que legislaron para una *πόλις* extranjera pero después de haberse convertido requisito previo en ciudadanos de pleno derecho de esa *πόλις*. En segundo término, de entre los legisladores, los hay constitucionales y no constitucionales. De este modo, Zaleuco, Carondas, Filolao son, todos ellos, efectivamente, legisladores constitucionales para *πόλεις* extranjeras. Licurgo y Solón fueron legisladores de leyes y autores de constituciones para sus respectivas patrias. Dracón y Pítaco fueron autores de leyes ordinarias legisladas para sus patrias, pero no redactaron, en cambio, constituciones. Y, por último, Androdamante legisló solamente leyes ordinarias en una *πόλις* extranjera.

En este rígido esquema de clasificación no encaja la mención de los «rasgos específicos» (*ἴδια*) de Fáleas y Platón, tratadistas teóricos de quienes expresamente se dice al comienzo del capítulo que no van a ser tenidos en consideración. Tal vez se trata de una interpolación.

Otro problema es el de la contradicción existente entre la *Política* II 12 y la *Constitución de Atenas* 4 respecto de una presunta «constitución de Dracón». Lo

cierto es (dejando ahora de lado las dificultades que la cuestión entraña) que Aristóteles creía firmemente que Dracón había sido meramente legislador y no autor de una constitución.

Por último, he aquí nuestra valoración de la obra de Ferrero que reseñamos: después de haberla leído, el capítulo XII del libro II de la *Política* de Aristóteles nos parece auténtico y coherente. Cumple, pues, esta investigación el requisito de todo buen estudio filológico: ayudarnos a comprender mejor los textos.

ANTONIO LÓPEZ EIRE

FUSILLO, MASSIMO.— *Il tempo delle «Argonautiche». Un'analisi del racconto in Apollonio Rodio*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1985, 423 pp.

Este trabajo constituye un análisis del relato épico de las *Argonáuticas* a partir de la categoría de tiempo, que es fundamental en cualquier texto narrativo. Como indica en la breve introducción, el autor estudia el poema de Apolonio tomando como base metodológica la neorretórica de orientación estructuralista; en particular es la obra de G. Genette (*Figures III*), aplicada a la *Recherche* de Proust, la que sirve básicamente de modelo al estudioso italiano.

Aparte de la introducción, el libro consta de tres capítulos, de los cuales los dos primeros están dedicados al análisis del tiempo, mientras que el tercero, más breve, estudia la función del narrador.

En el capítulo primero («La successione degli eventi narrati», pp. 23-183) examina Fusillo los «desajustes» o «discordancias» que se establecen entre el tiempo de la historia, la sucesión cronológica de los acontecimientos en el mito argonáutico, y el tiempo del relato, la sucesión de estos hechos según el orden en que aparecen narrados en el poema. De acuerdo con ello son analizadas en primer lugar las *analepsis* o retrospectivas, en segundo lugar las *prolepsis* o anticipaciones y por último los *excursus*. Según el autor, lo que caracteriza principalmente a las retrospectivas del texto argonáutico frente al modelo homérico es su contextualización, su integración motivada y funcional. En cuanto a las anticipaciones Fusillo señala cómo en Apolonio las *prolepsis* etiológicas representan una importante innovación que «traiciona» la naturaleza del género épico tradicional, en la medida en que rompen la fluidez del relato y la ilusión de pasado. Sin embargo, la inclusión de los *aitia* bajo el epígrafe de *prolepsis heterodiegeticas* nos parece una simplificación del fenómeno, que obliga a dejar fuera numerosos ejemplos y que viene impuesta por las necesidades clasificatorias del cerrado sistema genettiano. En la parte dedicada a los *excursus* el autor estudia sólo las digresiones que no comportan desviación temporal o *anacronía* con respecto al relato principal, es decir, los *excursus* de contenido etnográfico, en los que Apolonio sigue el paradigma herodoteo.

La misma dualidad metodológica historia-relato sirve de fundamento al segundo capítulo («La durata del racconto epico», pp. 185-345), donde el tiempo es examinado bajo una perspectiva distinta: el ritmo o velocidad narrativa. En general el ritmo del poema oscila entre la expansión narrativa y la condensación. Para medir la duración narrativa Fusillo se vale de unidades ya acuñadas por la narratología, como la escena, el «summary» y la pausa descriptiva, bajo la que incluye tanto la descripción propiamente dicha como las comparaciones. Entre las conclusiones destaca el hecho de que Apolonio es menos dramático que Homero por el carácter poco mimético de

sus escenas y discursos, que aparecen a menudo narrativizados. La épica de Apolonio se rige por una técnica selectiva, que a través de una rica tipología de sumarios desarrolla una narración densa y nada lineal, semejante al estilo del epilio.

En el capítulo tercero («Narratore e personaggio», pp. 347-396) son estudiados, por un lado, el punto de vista del relato (el modo en que es enunciado) y, por otro, el papel del narrador (la voz de la enunciación). En las *Argonáuticas*, como en la poesía homérica, predomina el punto de vista del narrador omnisciente, pero en buena parte del libro III Apolonio ha renunciado a esa posición dominante y la narración está focalizada sobre la perspectiva de Medea. En cuanto a la función del narrador, en el texto de las *Argonáuticas* se observa una presencia mayor que en la poesía homérica. Aparte de los casos de «mise en abîme», el narrador pasa a primer plano en un lugar convencional como los proemios y en otros lugares interviene en primera persona para orientar el curso del relato o para efectuar un comentario ideológico.

En suma, a lo largo del trabajo Fusillo destaca cómo Apolonio sigue una tendencia omnicompreensiva y totalizante, que le empuja a incorporar a su poema el más amplio material posible en relación con el mito argonáutico por medio de retrospectivas sobre mitos anteriores, *excursus* etnográficos, *ekphrásis*, comparaciones... Pero a la vez tiende a eliminar en la mayor medida posible el carácter digresivo de esos elementos externos confiriéndoles un valor expresivo en el contexto. Mediante esa técnica narrativa Apolonio formaliza una serie de sentidos axiológicos que recorren el poema y que constituyen sus núcleos temáticos esenciales: la figura de Jasón como antihéroe, la historia amorosa de Medea...

La bibliografía utilizada es bastante completa y resulta adecuado el manejo que se hace de ella, sobre todo a lo largo de las abundantes y ricas notas que completan el trabajo. No obstante, cabría añadir un par de títulos de los publicados por G. Serrao (*Problemi di poesia alessandrina*, I, Roma 1971, y «La genesi del poeta doctus», en *Studi Ardizzoni*, Roma 1978), en tanto que la omisión de los *Studies in the Third Book of Apollonius* de M. Campbell parece ser debida a lo reciente de su aparición (Hildesheim 1983). Por lo demás, se echa en falta la confección de unos índices, que serían sin duda de gran utilidad.

En definitiva, el libro de Fusillo, que es un ejemplo de lo fructífera que puede resultar la aplicación a la literatura antigua de los métodos de la crítica moderna, representa una aportación valiosa a los estudios apolonianos y nos ofrece sugestivas interpretaciones de pasajes concretos así como conclusiones notables en cuanto a la técnica narrativa del poeta de Rodas.

MARIANO VALVERDE SÁNCHEZ

BONELLI, G. — *I motivi profondi della poesia lucreziana*. Col. Latomus, núm. 186. Bruselas 1984, 335 pp.

Libro denso que analiza los principales temas del *De rerum natura* y ofrece una síntesis de su mensaje poético. La materia se reparte en nueve capítulos (I: Creatividad de la naturaleza y visión totalizante de las cosas; II: Iluminismo lucreciano; III: Temor y necesidad de la muerte; IV: Catástrofe cósmica y universo infinito; V: La precariedad del hombre en el mundo; VI: Fenomenología religiosa; VII: Vulnerabilidad de lo vital. Crueldad e instinto; VIII: La peste de Atenas; IX: Nostalgia primitiva).

vística), precedidos de introducción programática y cerrados por conclusiones y bibliografía.

El contenido de cada uno de los capítulos es, en realidad, un detallado comentario y glosa de los pasajes que versan sobre el título correspondiente. Es indispensable para seguir la lectura tener ante los ojos el texto del poema, y así lo avisa el autor (p. 21), que evita, en consecuencia, toda cita de la obra que pase de tres o cuatro palabras. Dicho comentario es de carácter estilístico y temático simultáneamente; en él se persigue en la línea del pensamiento estético de B. Croce (cf. del mismo autor «L'estetica crociana e la grammatica», *Atti dell'Accademia di scienze morali e politiche in Napoli* 79, 1968, pp. 393-444) y según directrices de la «crítica estética», polémica con respecto a la tradicional y a la neorretórica y con pretensiones de ser la única autorizada (cf. asimismo su monografía «La critica estetica. Saggio di metodologia letteraria», *Atti e Memorie dell'Accademia Toscana «La Colombaria»* 37, 1972, pp. 251-287; 38, 1973, pp. 373-418, y 39, 1974, pp. 153-204) «una interpretazione del *sentimento poetico* di Lucrezio», rehuendo toda separación de forma y contenido para respetar así el carácter sintético de la poesía, y haciendo abstracción de datos históricos o biográficos («l'opera conta, e non il poeta come individuo storico»). En esta búsqueda atenta del puro sentimiento y estado emotivo que ha generado la obra, destaca el autor los valores poéticos por encima de los filológicos: de este modo el epicureísmo de Lucrecio queda en sombra al proyectarse luz sobre la imagen de un Lucrecio que transforma y asume en emociones personales los contenidos doctrinarios.

En cuanto a la naturaleza de su interpretación, el autor analiza los procedimientos estilísticos como potenciadores del mensaje. Verbos como «evidenziare», «suggerire», «alludere», «esprimere», «evocare», «visualizzare», «sottolineare» y expresiones como «accelerazione di movimento», «forza di dizione», «celerità di dizione», «concitazione dei dattili», «efficacissimo accostamento di contrari», «ritmo rallentato», «efficacissimo contrappunto», «efficacissima ridondanza», «efficacia dell'immagine», «valore espressivo», «forza espressiva», «vigore rappresentativo», «effetto impressivo del ritmo», dan una idea de la terminología de su análisis. Creo, sin embargo, que el autor tiende, en más ocasiones de la debidas, a señalar la «sinergia di significanti e di significato», rayando a veces los límites de una crítica subjetiva y arbitraria, de la que él querría huir (cf. p. 8). Es admitido, con general aquiescencia, que la lentitud del ritmo suele acompañar a contenidos de cierta solemnidad — y aun esto es revisable —, pero ya parece desmesurado decir que «la lentitud de dicción universaliza la blanda fiereza del amor» (p. 26). El autor se prodiga con frecuencia en apuntar precisamente la sinergia de los elementos métricos, por ejemplo: «evidenziata dalle due cesure, questa parola resta come in sospenso nel verso, ossia acquista un'esasperata ed allusiva lentezza di dizione e vibra del proprio interno contrasto» (p. 56), «peculiarità drammatica che si esprime nel concitato movimento del primo emistichio del verso, nel rapido incalzare dei dattili» (p. 57) (pero, ¿por qué esta ecuación entre dramatismo y rapidez? ¿acaso no se puede dramatizar en espondeos?), «il secondo piede dattilico corre veloce e corre anelante di posarsi sull'arsi prima della cesura, il terzo piede ed il quarto, spondaici, rendono bene l'effetto dell'urto» (p. 251). Admitamos que el efecto de desorden es subrayado en I 1264 por la concurrencia de anástrofe y tmesis, por cuanto que ambas figuras rompen el orden normal de las palabras (p. 283), pero ¿cómo concurrirá a lograr este efecto la aliteración? ¿Por qué ha de ser trágica la paronomasia *muta... metu* (p. 59) —yo la llamaría simplemente aliteración, puesto que no son ambas palabras de la misma raíz—, sino por

referencia al mutismo y al miedo que significan las palabras? Que un hipébaton o desorden verbal subraye un significado de desorden parece, sí, admisible, según hemos reconocido, pero que tal desarreglo sintáctico pueda «evidenziare... la posizione di estrema debolezza» (p. 51) o sea «evocativo di arcani, illimitati poteri» (p. 64) no es de recibo: tales nociones o están en las palabras mismas o no están en ningún sitio, y los estilemas sólo serán capaces de potenciar esas nociones.

Esta, a mi juicio, ocasional hipercrítica no merma, sin embargo, valor a una obra que persigue el sano objetivo de captar la poesía en su génesis, viva, y huye de la disección fría y desanimada. Pocas notas, pero enjundiosas y pródigas en información bibliográfica.

VICENTE CRISTÓBAL

NICASTRI, LUCIANO. -- *Cornelio Gallo e l'elegia ellenistico-romana (studio dei nuovi frammenti)*. Nápoles, M. D'Auria Editore, 1984, 185 pp.

Es harto conocido que Augusto dispuso silenciar la obra del poeta Galo, quien, cuando era Primer Prefecto de Egipto, cegado por megalomanía, habría dilapidado bienes ajenos, amén de haberse permitido -- bajo la influencia de costumbres ancestrales de ese pueblo -- que se erigieran estatuas a su persona. Galo pagó su osadía con el suicidio.

Servio acota que Virgilio, en homenaje a su amigo, introdujo en la *Bucólica* X (vv. 46-49) algunos versos del malogrado elegíaco -- el tan mentado *προπεμπτικὸν Lycoridis* -- alterando la estructura rítmica del dístico a la cadencia hexamétrica de la bucólica.

Empero, el relativamente reciente hallazgo en Quasr Ibrîm (Egipto) de un fragmento papiráceo que contiene -- según los más importantes exegetas -- nueve versos de Galo, ha reavivado la disputa en torno de su poesía.

Respecto de la autoría de los mismos, se han alzado voces discordantes. Por una parte R. Anderson, P. Parson y R. Nisbet -- a quienes se debe el hallazgo, la crítica textual y la interpretación del fragmento --, se inclinan por C. Galo; C. Giangrande y Barchiesi son, en cambio, reticentes.

Tal hallazgo es el punto de partida del análisis de L. Nicastrì -- profesor de literatura latina en la Univ. de Nápoles --, quien luego de un análisis exhaustivo de los mismos, fundándose en la mención de *Lycoris* -- la amada del poeta Galo --, en la referencia al César y en el motivo poético de la inspiración de las Musas, que se aprecia en esos fragmentos, amén de razones de estilo, se inclina por rubricar la autoría de Galo.

Su estudio no se reduce, por cierto, a ese escueto hallazgo, sino que el mismo le sirve de incitación para abordar los géneros elegíaco y epigramático, de los que establece límites y diferencias, a la par que sus características y motivos; de entre éstos destaca el canto como *φάρμακον* 'remedio' y el *seruitium amoris*, concebido como modo de existencia literaria.

En cuanto a la elegía, su atención se centra en la helenístico-romana a propósito de la cual nos ilustra sobre la manera en que la poesía latina asume e incorpora elementos de la griega. En ese aspecto se ocupa en subrayar cuáles habrían sido las notas originales de la latina, para lo cual su estudio se centra preferentemente en testimonios de Tibulo y Propertio, sin olvidar algunos ejemplos aislados de Catulo. Los versos propercianos, en particular, le sirven como hipotético modelo de análisis

para explicar lo que podría haber sido el *corpus* elegíaco de Galo, tomando como base relativa identidad de situaciones, p. ej. el *seruitium amoris*, la presencia de un *diues amator* y el mentado *foedus* en el ámbito del amor.

Señala por otra parte dicho *seruitium* y los *foedera* como elementos sustanciales de la elegía latina; a tenor del profesor Nicastrí, ésta siempre ofrece un sesgo amoroso.

Por otra parte, siguiendo a Ovidio (*Trist.* IV 10, 53-54) recuerda que entre los cultores de este género en el ámbito latino, Galo ocupa el primer lugar --le siguen Tibulo, Propertio y Ovidio--, siendo este último el que le habría impreso el carácter lastimero con que hoy lo conocemos y que, además, parece que fue su sello originario.

Al ocuparse del epigrama que menciona al *Caesar* -- de quien en verdad no sabemos si se trata de J. César o de Augusto --, nos proporciona a la vez, un cuadro histórico-político de la Roma de entonces en el que, amén de los citados, Virgilio y A. Polión ocupan sitios de privilegio.

A modo de apéndice incorpora una exégesis del género elegíaco aproximándolo a lo funeral, para lo cual se funda en el trabajo de Francis Cairns (*Generic Composition in Greek and Roman Poetry*), en el que se aborda el estudio de la poesía de la antigüedad no acorde con la clasificación tradicional en géneros, sino en «especies» que para Cairns varían según una extensa gama temática que va desde lo *προεμπτικόν*, 'lo funerario', hasta el *κῶμος*, 'la fiesta'.

HUGO F. BAUZA

La poesía tardoantiga: tra retorica, teologia e politica. Atti del V corso della Scuola Superiore di Archeologia e Civiltà Medievali, presso il Centro di Cultura scientifica «E. Majorana» (Erice 6-12 Dicembre 1981). Centro di Studi Umanistici, Facoltà di Lettere e Filosofia, Università degli Studi di Messina, 1984 [1985], 521 pp.

Cada vez más, y ello por razones comprensibles, los volúmenes de actas de reuniones científicas de cualquier tipo se retrasan de tal manera que los colaboradores se ven obligados a publicar sus comunicaciones o ponencias en forma de artículo para evitar, en la medida de lo posible, el envejecimiento prenatal de sus investigaciones.

Esto es, en términos generales, lo que le ha sucedido a las Actas del curso de Erice de que debo dar cuenta aquí: de diciembre de 1981 a febrero de 1985 (fecha de la impresión, a pesar del pie «1984» del volumen) pasaron tres años en los que muchas de las cosas que en Erice fueron dichas como novedad o como originales recapitulaciones aparecieron después, pero siempre antes que las Actas, en revistas varias o, lo que es peor, asistieron a algún otro congreso remendando su doncellez perdida a base de hábiles retoques en títulos o formulaciones: *...o quantum in rebus inane!*

El volumen comprende dieciséis artículos bastante extensos ya que, por término medio, rondan las cincuenta páginas, en los que se tratan temas relativamente diversos: tres de ellos se ocupan de asuntos de carácter general (A. Garzya, «Retorica e realtà nella poesia tardoantica», pp. 11-49; D. Gagliardi, «Linee di sviluppo della poesia tardoantica», pp. 59-73, y R. Herzog, «La meditazione poetica: una forma retorico-teologica tra antichità e barocco», pp. 75-102), dos se centran en la figura del príncipe (en general, y desde un punto de vista evolutivo, J. Fontaine, «La figure du

prince dans la poésie latine chrétienne de Lactance à Prudence», pp. 103-132, e Y.-M. Duval, «La figure de Théodose chez Claudien», pp. 133-185, como se desprende ya del título mismo, en particular y a propósito de un tema para el que cualquier lector —u oyente en este caso— habría esperado el nombre de A. Cameron) y uno más en la corte de un príncipe, aunque de forma un tanto trunca (J.-L. Charlet, «Théologie, politique et rhétorique: la célébration poétique de Pâques à la cour de Valentinien et d'Honorius d'après Ausone... et Claudien», pp. 259-287).

Un tercer grupo de artículos se ocupa de autores u obras fundamentalmente profanos —por no decir *paganos*— y de interés particular (que el interés se mantenga es harina de otro costal): A. Cameron, en «The *Peruigilium Veneris*», pp. 209-234, aventura la hipótesis de que el *P.V.* deba ser puesto en relación con Tiberiano, muy en la línea de lo que anteriormente¹ había insinuado al respecto (y volvería a hacer con posterioridad al Curso de Erice); R. Anastasi se ocupa de un aspecto marginal de Libanio en «Libanio e il Mimo», pp. 235-258, al que tampoco saca el provecho que habría sido de desear, porque no traza convincentemente el concepto literario subyacente al mero ejercicio retórico. Por el contrario, S. Pricoco («*Sepositus monachôï eni rure* [Aus. *Ep.* 6. 23 Prete]», pp. 289-307) consigue convertir una nota erudita en una comunicación interesante a propósito de Ausonio y su valoración del retiro monacal de su amigo Paulino de Nola. Lo que no consigue Anastasi sí lo logra L. Cracco Ruggini («Simmaco e la Poesia», pp. 478-521) en una comunicación ponderada y original que honra al volumen. Por parte de los autores cristianos el panorama es mucho más convencional y va del chisporroteante «Commodiano nella crisi teologica ed ecclesiologica del III secolo» (pp. 187-207) de V. Loi (resulta arriesgado no poder rechazar a Courcelle y tratar, empero, sus mismos asuntos) al recitado «Boezio e le sue tematiche: retorica, filosofia, teologia, politica» (pp. 467-475) de L. Alfonsi pasando, ora con pena, ora con gloria, por los trabajos de M. Mazza («Merobaude. Poesia e politica nella tarda antichità», pp. 379-430) —quien, por cierto, escribe uno de los más interesantes del libro—, A. Pastorino («La natura nella poesia di Paulino de Nola», pp. 309-350), E. Corsini («Ideologia e retorica negli *Inni* di Sinesio», pp. 350-377) y A. Quacquarelli («Poesia e retorica in Venanzio Fortunato», pp. 431-465).

Como reflejo de un curso superior, el libro denota la casi conseguida homogeneidad que, evidentemente, se pretendió en un principio; sin embargo, llama la atención el poco interés —deducible del volumen físico— que se prestó al Oriente griego o, al menos, a lo común a Oriente y Occidente. Y es una lástima.

J. M. DÍAZ DE BUSTAMANTE

A.A.V.V.—*Studi Noniani*, X. Génova, Istituto di Filologia Classica e Medievale, 1985, 304 pp.

Según hace notar Giuseppina Barabino en su breve presentación, con este volumen alcanzan el núm. X los *Studi Noniani*, empezados a publicar en el seno del Instituto di Filologia Classica e Medievale de la Universidad de Génova en el año 1967; de buen número de ellos me he ocupado previamente en esta Revista (EMERITA 46, 1978, pp. 232-234; 48, 1980, pp. 357-358; 48, 1980, pp. 358-359; 53, 1985, pp. 382-

¹ En *Entretiens Hardt* 23, 1977, pp. 17-19.

384), y la colección sin duda tiene que ser ya bien conocida por cuantos se dedican no sólo al estudio de Nonio Marcelo, sino de los gramáticos latinos en general, así como al de los autores latinos fragmentarios, al de la lexicografía, etc. Por lo tanto, la obra no precisa más presentaciones; si acaso conviene señalar, siguiendo las indicaciones de Barabino, que la publicación pretende hacerse con un ritmo anual, y pasa de este modo a convertirse en una especie de Revista altamente especializada, concerniente al gramático que le da título, y a todo el amplio campo de investigación que le rodea, esto es, desde el estudio de la composición, fuentes y problemas textuales del *De compendiosa doctrina*, a la investigación «sobre relaciones de Nonio con otros gramáticos, su influjo sobre gramáticos, escoliastas, glosógrafos tardíos, medievales, humanistas» (p. 5).

El volumen que ahora nos ocupa contiene trece contribuciones, once de ellas debidas a filólogas italianas en su mayoría conocidas por aportaciones previas a la investigación noniana; como otras veces, debo repetir que no es posible ofrecer una crítica de detalle de trabajos tan variados, y que tienen el denominador común de su puntillosa y cuidada elaboración dentro de los métodos habituales en la filología clásica italiana de los últimos tiempos.

Problemas concernientes al léxico de Nonio y en Nonio tocan Isabella Bona (adjetivos en *-ulentus*, pp. 7-37), Anna M. V. Contini (*temulenta* en Donato y en Nonio, pp. 39-44), Elisa Magioncalda (*rus* y derivados, pp. 175-188), Gabriella Moretti (*calones*, pp. 213-222), Elisabetta Nano (*toga*, pp. 223-229), Emanuela Salvadori (*sacrum*, pp. 245-254). En general, significan todos y cada uno de ellos una interesante contribución al conocimiento de la lexicografía latina, así como una estupenda y cuidada revisión de los *lemmata* correspondientes en Nonio; no hay que olvidar que los estudios se hacen siempre con una detalladísima revisión del texto, ofreciendo, según parece norma de la colección, los pasajes nonianos con un rico aparato crítico. Repito que lo más sorprendente es la erudición filológica de que hacen gala constantemente las autoras de estos trabajos. Por supuesto, más de una conjetura resulta cuestionable, en especial debido al carácter tan desgraciadamente fragmentario de las citas nonianas; por poner un ejemplo, en su magnífica revisión de los adjetivos en *-ulentus* registrados en Nonio, Isabella Bona interpreta como adjetivo el término *lotiolente* de Non. 131, 30 M. = 191 L., correspondiente a un verso deficientemente conservado de la comedia *Varus* de Titinio; pues bien, ¿cómo puede asegurarse que se trate de un adjetivo, en raro vocativo, y no de un adverbio, sobre todo cuando, como hace Isabella Bona, no se toma partido por ninguna de las enmiendas propuestas para la parte final del verso de Titinio? Aun admitiendo la lectura *latiolente!* :: *floci fiet* :: *culi cultor!*, para la que no hace falta recurrir, como hace la autora, a Saara Lilja, sino a los autores que cita en nota 67, esto es, el autor de la propuesta, Neukirch, y la autoridad de Ribbeck (e, incluso, a nuestra edición *Fabularum togatarum fragmenta*, Universidad de Salamanca, 1983), se puede pensar perfectamente que *lotiolente* es un adverbio, eso sí, derivado del adjetivo *lotiolentus* que estudia la autora. Y, por poner otro ejemplo, en el estudio del término *toga* en Nonio, no nos parece muy afortunada la traducción que ofrece Elisabetta Nano para el fragmento de la *Gemina* de Titinio que conserva Non. 653, 14 L. = 406 M., sobre todo si se piensa que la autora está realizando un estudio sobre el significado de la palabra *toga*, para el que le hubiera dado resultado preferible una traducción más literal. En fin, detalles nimios, quizá con un poco de amargura al comprobar que en Italia no parece apreciarse mucho la investigación filológica española, sistemáticamente relegada al olvido.

Giovanni Garbugino, en el trabajo más extenso del presente volumen, revisa los fragmentos del libro XXX de Lucilio de manera absolutamente laudable, ofreciendo el texto revisado, traducción italiana, abundante comentario, y una ordenación nueva de los fragmentos, basada en la aplicación de la *lex Lindsay*. El trabajo es infinitamente más serio que lo que vemos que se está haciendo con Lucilio, a veces, en Francia y, por supuesto, entre nosotros.

Rosanna Mazzacane señala el comportamiento de Nonio frente a los autores antiguos —los *ueteres*—, en la línea de ideas tiempo atrás marcada por Aulo Gelio y Frontón, con los que se establece un interesantísimo parangón del gramático (pp. 189-211).

Grazia M. Pesce encuentra en el *Cornucopiae liber* de Nicolò Perotti (1426-1480) tres nuevos fragmentos de Varrón, no existentes en el *De compendiosa doctrina* que se nos ha conservado; si no se consideran falsos, inventados por el humanista —y tal es la postura de Pesce—, podría pensarse que Perotti conoció una redacción de la obra noniana más amplia, un *Nonius plenior*. Trabajo importante, pues, por sus conclusiones y por los tres nuevos fragmentos varronianos.

Rosanna Rocca (pp. 241-244) propone una lectura nueva para Cic. *Hort.* fr. 43, fragmento conservado en Non. 258, 26 M. = 394 L. Por su parte Mariangela Scarsi, basándose en coincidencias de Nonio con el comentarista Donato, y habida cuenta de los problemas de cronología, piensa que las coincidencias pueden deberse a una fuente común para ambos autores, esto es, el gramático Emilio Aspro.

Gabriella Senis estudia las huellas de Nonio en el humanista florentino Pietro Vettori (pp. 279-301). Por último, Francesco Sisti anima a los filólogos en su penosa labor, al recordar de qué modo una reconstrucción de un breve fragmento de Menandro, realizada a partir de un texto de Nonio, se ha visto convalidada por el texto de un papiro.

En suma, un variado e interesante volumen para el décimo aniversario de *Studi Noniani*; vaya dicho esto con mis mejores augurios para la continuación de la empresa.

AURORA LÓPEZ LÓPEZ

DA COSTA RAMALHO, A., ed. *Latim Renascentista em Portugal*. Colección «Textos do Humanismo Renascentista em Portugal», n.º 2. Instituto Nacional de Investigação Científica, Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos da Universidade de Coimbra, Coimbra 1985, XI + 242 pp.

A. Da Costa Ramalho presenta en este libro una edición crítica y la versión al portugués de una antología de escritores que utilizaron el latín como vehículo de expresión en la Portugal renascentista. Su punto de partida es el discurso que en 1481 pronunció ante el papa Sixto IV el embajador García de Meneses, obispo de Évora y legado ante el Sumo Pontífice del rey Alfonso V de Portugal, ya que en su texto se documenta por vez primera el empleo del vocablo «Lusitania» con objeto de nombrar al estado vecino, tal como se aprecia en la página 14 de esta edición.

Constituye la finalidad de este libro el demostrar que el Humanismo en Portugal surge al mismo tiempo que en España y en Francia como lógica respuesta al influjo de Italia, y así lo expresa el editor en la página X de la introducción. Después de la antedicha obra de García de Meneses, A. Da Costa Ramalho edita y traduce al

portugués: una carta de Juan II de Portugal al Cardenal de Parma; diversas misivas de Cataldo Parisio Sículo, quien a partir de 1485 ejerció su actividad en Portugal, dirigidas a García Moniz, a su compatriota el rabino y médico siciliano Próspero, al marqués de Villa Real y al conde de Alcoutim; un poema épico del mismo autor, que bajo el título de *Arcitinge* y dedicado al susodicho Juan II, tiene interés por suponer un precedente de *Os Lusíadas* de Luis de Camoens que vio la luz aproximadamente setenta y cinco años más tarde; la *oratio* que en 1509 pronunció Salvador Fernandes ante el marqués de Villa Real; un curioso tratado que sobre el plátano escribió João Rodrigues de Sá; las epístolas redactadas en 1529 por Martín Figueredo, y cuyos respectivos destinatarios eran Juan III y sus lectores; otras tres cartas como son las escritas en torno a 1533 por Rodrigo Sanches a Juana Vaz, calificada en su texto de «Lusitaniae decus», y a João Rodrigues de Sá, además de la dirigida en 1545 a Diego de Murcia, quien desempeñaba a la sazón el cargo de «Rector Prudentissimus» de la Universidad de Coimbra; la descripción de China contenida en *De Gloria libri V* de Jerónimo Osório da Fonseca; dos epigramas de Jorge Buchanan dedicados a Juan III y el epitafio que el mismo autor escribió en honor de Andrés de Gouveia, cuyos dos últimos versos de impar belleza dicen: «Si las Musas premian con justicia tus cuidados, ninguna sombra más ilustre que la tuya habitará el bosque del Eliseo»; los elogios de Antonio de Cabedo a Setúbal y a Coimbra; las epístolas de Ignacio de Morais a Aquiles Estacio y a don Antonio, el futuro prior de Crato y aspirante contra Felipe II al trono de Portugal, además de una selección de versos de su *Conimbricae Encomium*; por último, una breve antología de opúsculos de Andrés de Resende, más conocido como «Lucius Andreas Resendius», de Diego Pires y de Pedro Sanches.

Del primero de ellos se recoge un elogio a Erasmo de Rotterdam transmitido por la *Conuersio Miranda*, que fue publicada en París en 1586 por fray Esteban de Sampaio, un poema contra los leguleyos y la carta dirigida en torno a 1535 a Julián de Alba. A Diego Pires, también conocido como «Didacus Pyrrhus Lusitanus», pertenecen una oda dedicada a Andrés de Resende, una epístola a Nicolás Gotio, el epitafio de un individuo apellidado Silva, quien falleció en 1578 durante la batalla de Alcácer-Quibir, un epigrama conmemorativo de la inauguración en 1548 del Colegio de Artes de Coimbra y dos poemas en honor del médico portugués João Rodrigues de Castelo Branco, quien fue famoso en toda Europa bajo el nombre de «Amatus Lusitanus»: el primero es un epigrama que alude a su marcha a Lovaina, a la vez que el segundo es su epitafio con versos de tan hondo recuerdo virgiliano como los siguientes: *Lusitania domus, Macedum tellure sepulchrum. | Quam procul a patrio conditur ille solo!*, y que se refieren a que «Amatus Lusitanus» halló la muerte en Salónica. De Pedro Sanches se recogen en este volumen una epístola a Ignacio de Morais y una carta a Jerónima Cardoso, finalizando A. Da Costa Ramalho su labor con la edición y versión portuguesa de otra carta anónima al mismo Pedro Sanches.

Este libro es interesante, aunque se siente en falta un mayor número de notas que hagan referencia a las vinculaciones de estas obras con los avatares históricos de los momentos precisos en que se escribieron. Dentro del presente contexto hubiera estado el volumen más completo, si se hubiese relacionado el discurso ante Sixto IV de García de Meneses con el coetáneo proyecto de Carlos el Temerario de organizar una cruzada a fin de arrojar a los turcos de Constantinopla, o si se hubiera vinculado con mayor profundidad el *Arcitinge* de Cataldo Parisio Sículo con la política imperialista de los últimos dinastas de la Casa de Avis.

GONZALO FERNÁNDEZ